

¿DE QUÉ TRATA BETTY LA FEA?

Hace unos días navegaba sin propósitos por Twitter cuando una cuenta dedicada a la telenovela “*Yo soy Betty, la fea*”, llamó mi atención por una publicación categórica, que palabras más palabras menos, rezaba: “*Betty, la fea*, trata sobre un hombre rico y guapo que se enamora de una mujer pobre y poco agraciada”.

Señalar que lo anterior no pasa en la telenovela sería una imprecisión, pues, en efecto, un hombre pudiente y apuesto (Armando Mendoza) se enamora de una mujer humilde y antiestética (Beatriz Pinzón Solano). No obstante, afirmar que lo anteriores es el corazón argumental de la telenovela colombiana es simplemente desafortunado.

Como todo bueno producto que tiene un sostén literario bien estructurado (donde en esta ocasión se trata de un guion). “*Betty, la fea*” tiene varias capas que van de lo más externo a lo esencial; por tanto, el estado de bienestar monetario del protagonista masculino, el cual choca con la posición humilde de la protagonista femenina, es solo una de las partes externas del argumento de la telenovela y no su centro, su corazón. Así pues, no me queda mas que disentir con lo que se afirmaba en la cuenta de Twitter.

Ahora bien, si la teleserie no trata de un hombre adinerado y gallado que se enamora de una mujer menesterosa y poco agradable a la vista, ¿de qué trata “*Betty, la fea*”?

Es otro el centro argumental de este producto televisivo que, además, asegura el éxito que ha mantenido desde su estreno en 1999 hasta 2019, año en el que la telenovela fue reintegrada al catálogo de Netflix y, desde entonces, se ha mantenido en los primeros lugares de popularidad de la plataforma. 20 años de éxito no son en vano, todo ello tiene su origen en el centro dramático mismo de “*Betty, la fea*”, el cual reside en una anécdota por demás sencilla, pero efectiva: una persona superficial (Armando Mendoza) que se enamora de la belleza interna de una mujer que no es bonita (Beatriz Pinzón Solano).

Es decir, “*Betty, la fea*” comparte argumento con otros productos de la cultura popular, ya sea este *La Bella y la bestia* o *King Kong*. En el primer ejemplo, el final feliz se hace presente y una mujer hermosa termina por enamorarse del atractivo interior de la monstruosa bestia que tiene frente a sí. En el segundo ejemplo, el final feliz brilla por su ausencia, dando como resultado que el monumental gorila vea frustradas sus pretensiones románticas y caiga desde la punta del Empire State de Nueva York.

La película de 1933 ofrece uno de los diálogos más icónicos de la historia del cine: un oficial de policía se acerca al personaje interpretado por Robert Armstrong cuando el gorila ha sido derribado del edificio y le dice: “los aviones lo derribaron”; a lo que Armstrong contesta: “Oh no, no fueron los aviones, fue la bella quien mató a la bestia”.

La película de 2005 dirigida por Peter Jackson, si bien respetó el final trágico de la original, matizó un tanto la tragedia al retratar el rostro dolido de Naomi Watts, quien, en dicha versión interpreta el interés amoroso del animal, ya que ve como King Kong se derrumba del Empire State y cae hacia la muerte; de alguna manera, su mueca de tristeza indica que, en efecto, terminó por enamorarse del gigantesco animal [...].

Con un tono de superioridad intelectual y una pizca de burla, quien escribe esto ha leído más de una vez que “*Betty, la fea*” sigue conservando su éxito aun en una plataforma de *streaming* apta para cualquier paladar, como Netflix; porque, en el fondo, la gente sigue amando lo simple y las migajas a las que las televisoras latinoamericanas nos acostumbraron durante años: telenovelas absurdas y unidimensionales que son el equivalente cultural de devorar comida chatarra.